



Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

El propósito de divulgar la cultura Por María Teresa Uribe de H.

Casi tres décadas de desarrollo académico continuo, de crecimiento y de expansión le permitieron a la Universidad de Antioquia contar con un acumulado cultural y con una experiencia administrativa suficientes para que de sus claustros saliese una propuesta de pedagogía social, mediante la cual la institución se pensaba como centro que irradiaría las luces de su quehacer intelectual a la sociedad en su conjunto.

Pareciera que la consigna del momento hubiese sido “divulgar la cultura”, a través de la puesta en marcha de estrategias de comunicación y de acción socio-cultural expresadas en la creación de medios y aparatos mediante los cuales la Universidad lograba un doble propósito: mantener una presencia social continua y orgánica, más allá de los muros de la academia, y convertirse en el centro de atracción para los intelectuales que venían de afuera y tenían algo que decirles a las gentes de la ciudad.

“Los aparatos de cultura” creados por la Universidad en la década de los treinta —revista, biblioteca, imprenta, emisora— fueron algo así como los mecanismos de expresión de la relación entre las altas esferas del saber y un conglomerado social muy heterogéneo, que empezaba a transformar su visión del mundo según un registro más universal y plural que el que hasta entonces había tenido.

Esta función de intermediación cumplida por la Universidad logró un propósito central: formar, con todas las ambivalencias del momento, un público cultural en la ciudad de Medellín; un conglomerado diverso y animoso que fue tomando forma rápidamente por obra y gracia de las estrategias culturales anunciadas, ya desde mediados del siglo pasado, dentro de la marcha de la institución.

Si bien en los períodos anteriores la cultura había circulado por las academias de Medicina y de Historia, por los claustros universitarios, por las tertulias literarias y políticas, por las publicaciones periódicas y la edición de libros, hasta lograr conformar en Medellín un sorprendente polo intelectual, como lo afirman analistas del tema como Fabio Botero y Jorge Alberto Naranjo, lo novedoso de la estrategia cultural de la Universidad en los treinta fue el haber sacado la cultura de los pequeños salones, de las relaciones cara a cara, de los circuitos cerrados donde todos los actores de la cultura se conocían, se leían y se escuchaban, y eran al mismo tiempo autores y lectores de lo que se producía, situación ésta que caracteriza en todas partes la cultura de élite.

De lo que se trataba ahora era de dirigir una pluralidad de discursos y de relatos a un público anónimo, desconocido, sin rostro, sin nexos preexistentes entre sí, y susceptible de ser convocado para conocer, debatir y tomar partido frente a los temas de actualidad, pero también frente a asuntos referidos a la filosofía, las ciencias, la literatura y la estética modernas.

Estas estrategias culturales fueron conformando un público en el sentido moderno del término; un conjunto heterogéneo y diverso de personas situadas en los distintos puntos de la geografía regional y nacional, grupo cuya mayoría de componentes nunca se conocieron, ni supieron el uno del otro, pero que pudieron identificarse en torno a posiciones filosóficas o ideológicas, a alternativas culturales, a gustos estéticos o a preferencias literarias.

El gran aporte de la Universidad de Antioquia a la región en este período fue, precisamente, contribuir con un proyecto orgánico a la formación de una opinión pública cultural en Medellín, en el sentido que le atribuyen a esta expresión los pensadores que se han ocupado de estos asuntos en la época actual; desde Gramsci hasta Habermas, y desde Sennett hasta Anderson.

Era el público que asistía a las conferencias del paraninfo, que leía las obras salidas de la imprenta, que compraba la Revista Universidad de Antioquia, para saber en qué iba la polémica del momento y qué vientos recorrían la cultura nacional e internacional; los que sintonizaban la emisora para seguir, entre otras cosas, la audiciones de música clásica, dada la dificultad de acceder a ella de otra manera; los que visitaban el Museo de Etnología e Historia Natural, y los que empezaron a llegar masivamente a la biblioteca, enriquecida con nuevos títulos gracias a la estrategia de canje, para tener la hermosa experiencia -limitada hasta ese momento a las élites- del contacto con el maravilloso universo de los libros. A propósito de estos asuntos, se expresaba Julio César García en 1934:

El deber de la Universidad es expandirse, atender a la difusión de la cultura en todos sus frentes, no limitarse a expedir diplomas profesionales en dos o tres facultades de existencia precaria, sino que contribuya al desarrollo y progreso de las mismas fomentando el espíritu de investigación. Lo más valioso no es la posesión del saber sino su adquisición dijo Nicolás de Cusa.

Según el doctor Fabio Botero, lo que define “el ámbito cultural de Medellín 1920-1950, es su carácter de diálogo vivo; un diálogo que a menudo alcanzó el clímax de la polémica fuerte y dura pero en todo caso diálogo”; con la particularidad, como lo afirma el mismo autor, de que ese diálogo vivo tuvo como escenarios privilegiados las páginas de la Revista Universidad de Antioquia y los hermosos salones del paraninfo.

De esas páginas, el doctor Botero rescata las polémicas entre Joaquín Vallejo y Cayetano Betancur en torno a la metafísica y a la física; los textos de claro sabor spenceriano, como el de Juan Saldarriaga, “La Evolución de la Humanidad”, y el de Francisco Romero, “La Filosofía de la Cultura”; los atisbos marxistas de Luis Eduardo Nieto Arteta; los aportes del doctor Finlayson y de Julio Enrique Blanco a la filosofía, y los embates crudos y directos del médico Alonso Restrepo Moreno contra los frescos de Pedro Nel Gómez ostentados por la Alcaldía de Medellín. Las páginas de la revista estuvieron abiertas a todas las corrientes, a todas las tendencias, a todos los caminos del conocimiento.

El diálogo vivo, la formación de públicos y de opinión estética y filosófica, fue la gran tarea de la Universidad en estas décadas de frenesí y de transformación profunda de los referentes culturales y los imaginarios sociales del pequeño poblado que se convertía en urbe. Tarea acompañada de la búsqueda, por parte de las directivas universitarias, de una estrategia financiera para garantizarle a la institución alguna estabilidad económica; lo que se logró mediante la creación de un fondo acumulativo con aportes de toda la industria antioqueña, un fondo que desde entonces hasta el presente ha sido la tabla de salvación de la Universidad, agobiada desde siempre por el déficit presupuestal.

Para que todo ello ocurriese, fue necesario un giro significativo en la política educativa del país; que ésta se fuese liberando de la tutela confesional, de los criterios aristocráticos y de las mentalidades pueblerinas y timoratas de los años anteriores. Este giro se inició con la reforma universitaria propuesta por Germán Arciniegas en 1932 y se consolidó con la gran reforma constitucional de 1936, que en su dimensión educativa optó por la educación laica, única, gratuita y obligatoria.

Los actores sociales de tan importante giro llegaron a la conducción del Estado en 1930, de la mano de una alianza política conformada por el partido liberal y el Republicanismo, representados en el llamado “Movimiento de Concentración Nacional”, que llevó a la Presidencia de la República al doctor Enrique Olaya Herrera; al Ministerio de Gobierno, al doctor Carlos E. Restrepo, y a la Procuraduría General de la Nación, al doctor Clodomiro Ramírez. Pero que además les abrió la puerta al mundo de lo público a una pléyade de jóvenes recién salidos de las universidades, quienes no sólo conformaron, durante el gobierno del doctor Alfonso López Pumarejo, las llamadas “audacias menores de cuarenta Años”, sino que también accedieron a la conducción de la Gobernación de Antioquia y de la Alcaldía de Medellín, y a la dirección de los más importantes periódicos regionales.

Desde 1930, otros aires circularon por los claustros de la Universidad de Antioquia, que en condiciones de mayor libertad y autonomía retomó el ideario republicano de construir cultura ciudadana. Pero las reformas más importantes fueron iniciadas durante la rectoría del doctor Clodomiro Ramírez (1934-1938), quien, en medio de grandes tensiones políticas y dificultades académicas, logró colocar la Universidad de Antioquia entre las mejores del país en ese momento.

El doctor Ramírez llegó a dirigir los destinos de la Universidad cargado de años y de merecimientos —tras haber sido dos veces Gobernador de Antioquia—, pero con poco apoyo político; pues, por una parte, los conservadores no confiaban en él, ya que lo consideraban artífice de la derrota de su partido en el treinta y porque, a su juicio, como procurador general de la nación no había hecho lo suficiente para sindicar al gobierno de Olaya Herrera de la violencia política contra los conservadores en Boyacá y Santander. Por otra parte, los liberales antioqueños tampoco confiaban del todo en el doctor Ramírez, pues lo seguían considerando como miembro del partido conservador, y además no entendían por qué la República liberal no entregaba la dirección de la institución a un miembro de este partido, en su afán por copar todos los cargos burocráticos, inclusive aquellos con un alto contenido simbólico y representativo, aunque poco rentables en términos electorales.

A pesar de estas dificultades, Clodomiro Ramírez tejió la filigrana de una rectoría en la que se alcanzó un difícil equilibrio entre las diferentes fuerzas políticas que se enfrentaban entre sí de manera cada vez más violenta y sangrienta; y si bien le tocó afrontar crisis institucionales muy severas, como la separación que dio origen a la Universidad Pontificia Bolivariana, en 1936, ello no fue obstáculo para que desarrollara una estrategia orgánica de gran trascendencia con objeto de divulgar la cultura.

El doctor Clodomiro Ramírez estuvo acompañado durante sus cinco años de gestión por un equipo de decanos y profesores muy heterogéneo y de distintas adscripciones políticas, pero que, al decir de algunos investigadores de la historia de Medellín, como el doctor Fabio Botero, conformaron uno de los grupos intelectuales más importantes del país. Al lado de Clodomiro Ramírez estuvieron, entre otros, Alfonso Mora Naranjo, a quien se le debe la consolidación de la biblioteca; Julio César García, director de la Revista Universidad de Antioquia y posteriormente del Instituto Filológico; Rafael Uribe y Marceliano Posada,

encargados de la dirección del Liceo, y los doctores Ricardo Uribe Escobar y Martiniano Echeverry, en las decanaturas de Derecho y Medicina, respectivamente.